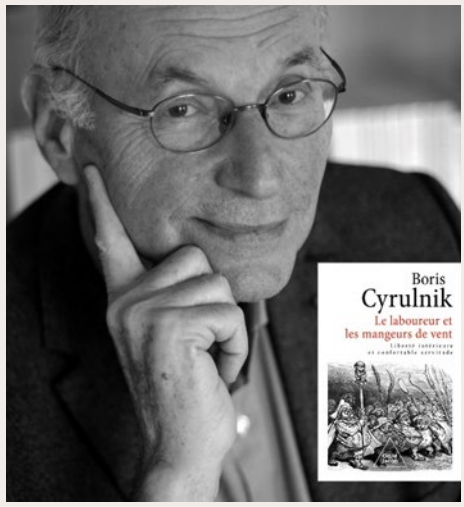
“Se formó con el hampa, irá hasta el final”



Por Sylvie R. Moulin

En su último libro, *Le laboureur et les mangeurs de vent* (*El labrador y los comedores de viento*, Editions Odile Jacob, 2022), Boris Cyrulnik describe el mundo como un conflicto entre los “labradores”, que aceptan la duda y la búsqueda y piensan de manera autónoma, y los “comedores de viento” que se someten con alivio a las arengas sin sentido de los dirigentes despóticos quienes, a veces, llegan hasta el genocidio. Analiza la seducción que ejercen los discursos de autoridad y la tendencia humana a someterse a ellos: según él, cuando una época cruza una desorganización de cualquier tipo – social, sanitaria, económica, militar, incluso climática -, los “comedores de viento” pierden la cabeza aún más que los otros y aprovechan las circunstancias para manifestarse.



Se reproduce el mismo esquema en las distintas culturas y los fanáticos, bajo el efecto de lo que Cyrulnik llama “un proceso de contagión”, se juntan para representar las creencias o convicciones que,

al final, perjudican. Generalmente poco numerosos, dan una imagen negativa de la cultura que pretenden representar – los nazis a Alemania, los djadistas al Islam, etc. Los líderes siguen todo un proceso para cultivar esa imagen. Recordemos que Hitler – y seguramente no fue el único – tomaba clases con un profesor de ópera para descubrir los gestos capaces de provocar emociones en la multitud que lo escuchaba… Pero uno se somete al dominio de un discurso delirante sobre todo para dejar de estar solo y para que otra persona le diga qué hacer, sin tener que pensar. El actor principal del conflicto que presenciamos en este momento en Europa del Este se asemeja bastante, en esto, a otras tristemente famosas figuras históricas, amenazando al pueblo ruso de deber llevar pronto una etiqueta dañadora de la cual le será difícil deshacerse.

En una entrevista del 17 de marzo a la estación de radio *France Inter* (*https://www.youtube.com/watch?v=te5co3wIzEo)*, Cyrulnik, de madre polaca y padre ucraniano, reaccionó con mucha emoción frente a la guerra que sacude ahora Ucrania, diciendo que le evoca situaciones de su infancia que no pensaba volver a ver nunca. Declaró estar particularmente afectado por los tres millones de ucranianos en exilio, principalmente mujeres y niños, una cifra que no se había visto desde la Segunda Guerra mundial.

Como era de esperar considerando las circunstancias actuales, llegó la pregunta de un interlocutor sobre una potencial condición psicológica de Vladimir Putin, como "explicación" de la situación que estamos presenciando, pregunta a la cual Cyrulnik contestó sin ambages:

"Hay que tener cuidado con las etiquetas psiquiátricas por fenómenos psicosociales. En los años postguerra, se explicaba la catástrofe de la Segunda Guerra mundial – 50 millones de muertos - por la paranoia o la sífilis de Hitler. Yo era niño y me preguntaba como el hecho de estar enfermo física o mentalmente podía explicar un fenómeno mundial en el cual todo un pueble inteligente y culto se había dejado caer en la trampa de un dictador. Creo que la explicación por la locura y la enfermedad es un señuelo e incluso prohíbe entender. Putin se formó con una cultura que lo llevó al poder y que se encuentra ahora sumisa al dictador que dejó llegar en su puesto." (*France Inter*, entrevista de Boris Cyrulnik, 17-03-2022).

De esta manera, llega a la conclusión que el discurso de Putin es "un delirio lógico", porque su construcción sigue una coherencia interna que fascina a sus admiradores. Y ese "delirio lógico" obedece también a una línea de formación basada en la intimidación y la brutalidad que lo lleva, lógicamente, a legitimizar la violencia como modo de defensa.

De la historia de Putin, se sabe muy poco. Los relatos empiezan en general cuando fue espía dentro del KGB con amigos y colaboradores relacionados con los servicios secretos. Inició su carrera como asistente del alcalde de San Petersburgo a principios de los 1990s, antes de entrar al Kremlin como jefe del servicio de seguridad. Después todo se acelera: primer ministro de Boris Yeltsin, y cuando ése renuncia, presidente *ad interim*. A partir de ahí no suelta el poder, salvo entre 2008 y 2012, cuando es primer ministro porque la constitución rusa no le permite un tercer mandato consecutivo.



Con él van a reaparecer los retratos de Stalin, que habían sido prohibidos, y los desfiles militares pomposos. Mirado con sospecha por muchos, recibió la admiración abierta de Donald Trump y cultiva en las medias su imagen de macho dominador. Su popularidad es más marcada entre los rusos mayores que en la población joven, la cual apoya a Alexei Navalny, famoso enemigo de Putin que denuncia incansablemente la corrupción y se rescató por poco a una intoxicación

con neurotóxicos, que fue imputada después al servicio de seguridad del Kremlin. Todas esas historias alimentaron las medias internacionales por un buen tiempo.

Lo que se descubre más recientemente son sus orígenes, aunque varios aspectos de su familia permanezcan nebulosos. Por mucho tiempo eligió declararse huérfano, y después de varias leyendas al origen de abundantes biografías –unas nuevas salieron en los últimos dos meses–, se descubrió que era hijo de un oficial de la Marina Soviética y de una trabajadora en una fábrica, y que sus dos hermanos mayores fallecieron muy joven. Pasó su infancia en San Petersburgo (Leningrad en aquel entonces), en un apartamento que sus padres compartían con dos otras familias. Tanto la violencia del barrio en la cual creció como las condiciones económicas muy complejas que lo acompañaban están en contraste violento con su círculo actual, compuesto de una élite de enorme riqueza. Putin siempre declaró que el deporte, en particular las artes marciales, lo sacaron de la calle.

Después de estudiar el Derecho en la Universidad de San Petersburgo, Putin trabajó en el KGB a partir de 1975, y su carrera en el Kremlin se inició en 1996, siendo nombrado un par de años después jefe de la FSB, servicio de información creado después de la disolución del anterior. Su primer acceso a la presidencia se extiende de 200 a 2008, y después de una interrupción de cuatro años dictada por la ley, vuelve al puesto en 2012.

En cuanto a su vida personal, se esfuerza para mantenerla bien lejos de toda publicidad. La esposa de quien se separó unos diez años atrás, una azafata que encontró cuando era agente del KGB, casi nunca aparecía en las celebraciones oficiales, y sus dos hijas, también muy poco conocidas, no llevan su apellido.

Queda claro sin embargo que desde muy joven quería trabajar en los servicios secretos y tenía una perspectiva definida de sus aspiraciones. Un par de semanas atrás, la BBC recordaba en un reportaje una frase de Putin tristemente adaptada a la situación actual: “La calle de Leningrad me enseñó una regla: si un combate es inevitable, debe dar el primer golpe”. Las múltiples tentativas de conversación con representantes de otros países alrededor de la inmensa mesa de seis metros ya estaban condenadas al fracaso.

El mandato presidencial de Putin fue objeto de muchos desacuerdos. Al parecer, el nivel de vida de la población rusa mejoró durante sus primeros mandatos y la pobreza decreció sustancialmente, lo que hizo gozar su gobierno de altos índices de popularidad y le permitió obtener, en 2018, más de 70% de los votos para su cuarto mandato presidencial. En el plan económico, muchos rusos lo consideran como el que logró levantar al país después de la caída de la URSS y las imágenes que difunde en los medios lo presentan como un ser superior y protector.



Pero el precio que pagar no ha sido menor para la democracia. Para citar solo unos ejemplos, Putin declaró en varias oportunidades que el matrimonio para todos no sería autorizado mientras él era presidente - “mientras sea presidente, no pasará”. Cumplió con su palabra en 2020, con el aporte a la Constitución de una enmienda que protege el matrimonio como “la unión de un hombre y una mujer”, prohibiendo incluso el reconocimiento de los matrimonios celebrados en países extranjeros. Putin ya había iniciado su política homofóbica prohibiendo por ley, en 2013, cualquier “propaganda homosexual” y cualquier marcha o agrupación.

Otro punto notable: la Constitución aspira ahora a “preservar la memoria de los ancestros que nos transmitieron ideales y la fe en Dios”, lo

que rompe con el carácter laico del Estado y confirma el peso creciente del clérigo ortodoxo en la política rusa (70% en este momento), y el beneficio que Putin puede sacar de un culto del sentimiento religioso. De hecho, a pesar de tener fama de ser "poco creyente" en un principio, ostenta ahora su cercanía con el obispo Tikhon Chevkounov y se ha acercado de a poco en los diez últimos años del patriarca Kirill, quien tiene al parecer gustos de lujo comparables a los suyos. (https://www.lepoint.fr/ 07-03-2020



Esta amistad podría sin embargo tener repercusiones graves y afectar a largo plazo la imagen de Putin fuera de su círculo. En efecto, desde fines de febrero, Kirill está pronunciando discursos religiosos que sostienen la ofensiva militar, atribuyéndole "una dimensión metafísica" ya que lucha contras las "fuerzas del mal" que amenazan la unidad del pueblo ruso. (Artículo de Cécile Chambraud, *Le Monde*, 29-03-2022) Una posición arriesgada dentro de su propia iglesia, cuando los obispos ucranianos ya solicitaron que intervenga con el dirigente ruso para cesar las hostilidades.

El año pasado, Putin firmó una ley autorizándole a realizar mandatos presidenciales adicionales: la restricción a dos mandatos no se aplicará a los que ocupaban el puesto de presidente antes de la modificación de la Constitución. Lo que lo llevaría al poder, potencialmente, hasta el año 2036. Este dato, añadido a la inmunidad de por vida garantizada para los presidentes rusos según las enmiendas anteriores, permite a Putin de tener su futuro asegurado.

Frente a todo esto, no hay que ser alarmista para asustarse frente a la situación en Ucrania y la manera de cómo sigue actuando Putin, demostrando cada día que el Kremlin no está dispuesto a soltar su objetivo de "desmilitarizar" el país. Y cuando se retiran las tropas rusas de Kiev, dejando constatar las atrocidades cometidas en las últimas semanas, suena aún más preocupante una frase de Vladimir Fedorovski, diplomático y escritor ruso de origen ucraniana (*Putin y Ucrania, los lados ocultos,* Ed. Balland, 2022), en una entrevista a la estación de radio *Europe 1* el 17 de marzo pasado, y las varias interpretaciones que puede inducir: "Putin se formó con el hampa, irá hasta el final".

INICIATIVA LAICISTA
necesita tu ayuda

- No está adscrita a ningún partido político
- Sus redactores trabajan ad-honorem
- No persigue fines de lucro

Somos la voz más importante del laicismo en nuestro país



Colabora con $5.000 mensuales en www.iniciativalaicista.cl